

Ⓜ LASSE HOLM Ⓜ

LOS HIJOS DEL REY VIKINGO

VENGANZA




ESPASA

LASSE HOLM

LOS HIJOS DEL REY VIKINGO.
VENGANZA

Traducción de Victoria Alonso y Rodrigo Crespo


ESPASA

Título original: *Lodbrogssønnernes Hævn*

© Lasse Holm og JP/Politikens Hus A/S, København 2017
© por la traducción, Victoria Alonso y Rodrigo Crespo, 2018
© Editorial Planeta, S. A., 2018
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Por esta edición:

Espasa Libros, S. L. U., 2018
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Primera edición: noviembre de 2018
ISBN: 978-84-670-5321-0
Depósito legal: B. 22.683-2018
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Rodesa
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

1

Nada hacía presagiar que se avecinaba una masacre. En la serena mañana, el cielo era azul y límpido como la superficie de un lago recién helado. Sobre los campos se extendía una suave neblina matinal. El leve manto blanco, que tornaba los árboles del paisaje en distantes gigantes sombríos, se extendía en suaves ondas entre las chozas de Teurintone, se apretaba en torno a sus paredes minadas por la intemperie dejando, de manera completamente inusual para la tardía primavera, una fina capa de escarcha sobre los techos de paja y las cercas trenzadas. Columnas de humo se elevaban en el aire por las salidas de humo. Habían encendido los hogares. Los hombres se acurrucaban en torno al calor y las gachas.

Sólo cuando el sol adquirió la fuerza suficiente para ahuyentar la neblina, la gente de la aldea se aventuró a marchar de uno en uno o en pequeños grupos. Las espaldas de los adultos estaban encorvadas por el duro trabajo en el campo. Las miradas de los niños, oprimidas por el hambre y las palizas. Yo los observaba a través de las rendijas que había entre los tablones de la puerta del salón donde esperaba. Me incliné hacia delante para apoyar la frente contra la madera. Cuando vi

que Eldrid se acercaba, me erguí y respiré profundamente.

Vinieron hacia mí contentos. La ocasión era para ellos sin duda festiva y se esforzaban por sacarle el mayor partido. La luz me hacía cerrar los ojos. Eldrid me puso una cálida mano sobre el hombro y movió la cabeza para indicarme que lo acompañara afuera, donde los más de cien habitantes de la aldea se habían reunido de pie en un semicírculo. El silencio era opresivo.

Un solo rostro rompió el hielo. Después, un par más. Al final todos sonreían. Los niños se movían de modo más desenvuelto. Riendo y bromeando entre sí. Incluso un grupo de muchachos se adelantaron corriendo hacia la pequeña elevación con el enorme roble en la cima que constituía el centro del desigual anillo de edificaciones. Se había encargado a los chavales que lo prepararan todo. Las sucias caritas resplandecían de orgullo. Uno solo —se llamaba Holl— me miró directamente con sus ojos azules bajo el pelo grasiento. Pero de inmediato dirigió nuevamente la vista hacia el suelo, como si se hubiera apoderado de un honor al que no tenía derecho.

Se produjo un momento solemne mientras el propio Eldrid culminaba los preparativos bajo el follaje verde claro del roble. Después se volvió hacia la concurrencia para decir algo. Antes de que las palabras hubieran abandonado sus labios, otro sonido las ahogó. Un bramido gutural de múltiples voces desgarró la paz de la mañana en un instante.

Los habitantes de Teurintone se quedaron petrificados mientras los hombres que habían permanecido ocultos avanzaban entre las bajas casitas con techo de paja en dirección hacia la asamblea. Pero sólo cuando el

líder de los foráneos —un gigante barrigón de enorme barba gris que le cubría gran parte de la cara— partió con su hacha la cabeza de un hombre al azar, el pánico se extendió. Los campesinos intentaron huir o esconderse, pero el anillo alrededor de ellos se había cerrado. No tenían por donde escapar.

Gritos de angustia se mezclaban con los sonidos de las espadas y hachas al caer. Algunas víctimas se hincaban de rodillas suplicando por su vida, otras aceptaban sus destinos: todos fueron abatidos. La sangre de sus heridas empapaba la tierra. De pie, sin moverme, yo miraba el desarrollo de las tragedias menores en el interior de la principal.

Holl vino corriendo hacia mí como si esperara que pudiera protegerlo. Fue derribado de camino, cayó sobre la hierba, luchó durante un instante por volver a ponerse en pie, antes de derrumbarse y expirar.

La mujer que hacía poco supe que era mi tía paterna tampoco escapó. Un hombre, cuya barba trenzada llevaba los extremos sujetos por huesecillos, le perforó el diafragma con un puñal. Ella contrajo el rostro desgastado en una máscara de dolor. Su silencio me hirió más hondamente que cualquier grito.

El líder de barba gris que comandaba el ataque y no llevaba ni cuero ni cota de malla nos contempló a Eldrid y a mí bajo el roble durante un momento. Su mirada se deslizó sosegadamente por nuestros rostros. Con ademán de cumplir un deber fastidioso apuntó y lanzó. El sonido del hacha al alcanzar el tórax sonó hueco como el golpe sobre un tambor. Detrás de mí, Eldrid cayó al suelo con un gemido.

El rostro del barbudo gris no revelaba sentimiento al-

guno, mientras el tumulto se extinguía poco a poco. Su sucia saya de lana era de manga corta. Aros de plata retorcida rodeaban sus brazos. El adorno del borde del casco representaba dos pequeñas serpientes contorsionándose alrededor de su frente que sacaban sus lenguas rajadas sobre la protección nasal. Se detuvo a escasos pasos de distancia con las piernas abiertas y los dedos pulgares metidos bajo el cinturón que le mantenía la panza en alto. Bajo las pobladas cejas, sus ojos gris pálido seguían la cuerda desde la gruesa rama sobre mi cabeza hasta el nudo corredizo tensado alrededor de mi cuello. Reposaron un instante en mis manos atadas. Después siguió bajando la vista hasta deslizarla sobre mis botas de piel de cabra para finalizar en el barrilito que me sostenía y que él podía volcar de una simple patada.

—¿Quieres salvar tu vida? —me preguntó en sajón—. ¿O prefieres que te cuelguen, como habían pensado hacer contigo tus congéneres?

2

La pregunta del gigante de barba gris fue el inicio de los viajes de mi larga vida, que hicieron que dejara de ser un joven solitario, traicionado y abandonado por todos para convertirme en un fuerte y poderoso conde con un ejército personal de trescientos hombres.

He participado en expediciones a lejanos reinos. He visto ponerse el sol sobre los tejados y capiteles de Miklagård. He pasado mis manos entre la hierba de las interminables estepas rusas, caminado por las altas montañas noruegas, he visto un volcán escupir humo y piedras incandescentes por encima del hosco paisaje islandés, he comandado a millares de guerreros en batallas tan grandes y sangrientas que sólo unos pocos atisban su alcance y crueldad. He vivido más experiencias que la mayoría. No me quedo a la zaga del emperador del poderoso reino de los francos ni en riqueza ni en renombre. Y sin embargo sé, mientras escribo estas líneas en el atardecer de mi vida, que jamás he sentido nada tan intenso como la alegría de vivir que me invadió cuando, de pie sobre el barril con la soga al cuello en aquella mísera aldea sajona, comprendí que había salvado la

vida gracias a una casualidad inverosímil que sólo podía achacarse a la intervención de los dioses, de cuya benevolencia yo gozaba en ese instante, pues los nórdicos, que de tiempo en tiempo asolaban la comarca, nunca antes habían hablado sajón, del mismo modo que rara vez prestaban atención a los míseros campesinos y sus magras cosechas. Su meta siempre habían sido los monasterios con sus reliquias de plata, así como las abundantes provisiones y animales domésticos de las enormes granjas de los *ealdormen*. La pregunta del hombre de la barba gris fue tan inesperada como insólita la masacre en la aldea. Me esforcé por responderle de un modo que pudiera despertar su interés.

—Si tengo elección, elijo vivir.

Por vez primera rastree una emoción en su mirada. Era sorpresa.

—¿Cómo es que hablas nuestra lengua? —preguntó.

—¿La respuesta a esa pregunta será lo que pueda salvarme?

—Difícilmente —gruñó—. Pero a lo mejor lo hacen tus conocimientos de la zona. ¿Conoces la ciudad de tu rey?

Yo aún tenía la sogá alrededor del cuello. El pie derecho del gigante de barba gris acariciaba el barril. No tardé demasiado en responder.

—Nosotros los sajones llamamos a la ciudad Eo-forwic. Y por supuesto que la conozco. Conozco cada camino y sendero de Northumbria. —Me contemplaba con mirada dubitativa, así que exageré—. De hecho, he viajado por todo el país de los anglos.

Mi empleo de la terminología propia de los nórdicos para referirse a Inglaterra no convenció al tipo de barba

gris. Quizá él supiera que únicamente los *thegns* y aquellos que poseían condados tenían permiso para desplazarse fuera de sus tierras. El barril crujía bajo mis pies. El nudo me apretaba el cuello.

—El monasterio de San Cuthbert en Creca está mucho más cerca que Eoforwic —continué, con miedo de que el favor de los dioses hubiera sido breve y pasajero como sucede en demasiadas ocasiones—. Es el monasterio más rico de la comarca. Los monjes poseen reliquias de plata maciza. Tapas de libros cubiertas de piedras preciosas. Cálices bañados en oro y cuentas de vidrio.

—Vamos a verlo.

El rostro del gigante de barba gris permaneció neutro. Reflexionó un instante antes de volverse y llamar.

—¡Ylva!

Se acercó un guerrero de anchas espaldas, el único del grupo que no tenía barba, y cuyo pelo rubio asomaba bajo el borde de su casco.

—Ylva, ¿cuál es la situación actual de los tesoros del monasterio de San Cuthbert?

Es cosa bien sabida que los nórdicos tenían nombres raros, de manera que no fue hasta el momento en que respondió el barbilampiño cuando abrí los ojos como platos. Su voz era clara y cantarina. Perteneecía a una mujer.

—Sus bandejas adornan las paredes de nuestro vestíbulo —dijo ella—. De los cálices bebo mi hidromiel todos los inviernos. Mi madre utiliza el relicario de plata con la gema roja para sus cosas personales, y frente al gran espejo de bronce se sienta mi hermana cada mañana durante largo rato, aunque en ella no es cosa digna de asombro. ¿Por qué te interesa?

Mientras la mujer hablaba se había quitado su casco revelando que estaba lejos de ser una belleza. Su rostro era tosco y anguloso, las mejillas tenían cicatrices, los ojos pequeños estaban demasiado juntos. El tórax plano no revelaba forma alguna bajo la cota de malla y tampoco parecía muy joven. Calculé que andaría por la mitad de la veintena.

—Porque aquí el mozo campesino afirma —respondió el de barba gris— que a los monjes de San Cuthbert les quedan todavía más bienes de los que te llevaste hace diez años.

Ahora yo gozaba además de la atención del resto. El grupo se había reunido bajo el roble y me observaba asombrado, a pesar de no ser yo ni por asomo una visión tan peculiar como ellos mismos.

Los hombres eran barbudos de pelo largo. Su ropa y pertrechos atestiguaban los múltiples azarosos saqueos. Algunos llevaban la cabeza cubierta con objetos imprecisos, abollados y agujereados, otros iban a cabeza descubierta, mientras que algunos más, como Ylva y el guerrero de barba gris, portaban distinguidos cascos con adornos y protección sobre los ojos. Sus armas eran tan dispares como su vestimenta; historiadas hachas de hierro nórdicas y lanzas colgaban de las manazas callosas junto a elegantes espadas de acero francas o irlandesas con mangos en forma de cruz dentro de fundas plateadas. Si el grupo no acabara de aniquilar a la población entera de una aldea hacía unos instantes, se los podría haber tomado por una tropa ambulante de saltimbanquis.

—¿Podría haber más tesoros en el monasterio? —preguntó Ylva mientras se rascaba la indómita mata de pelo

rubio. Sonrió con una hilera de enormes dientes irregulares cuando se dio cuenta de mi sorpresa por su condición sexual.

—Los monjes tienen una cripta secreta —respondí yo— donde guardan las reliquias de mayor valor y dejan a la vista algunas bagatelas para engañar a los ladrones.

—Quizá valdría la pena llegar hasta el fondo de esta historia —dijo ella con algo en la mirada que parecía hambre.

—Desde luego que sí —gruñó el gigante de la barba gris—, y muchos otros aparte de ti se alegrarían de ello. Pero nuestra misión aquí es distinta, por eso será mejor que tú y el resto de los curiosos os moderéis, dejando a los monjes en paz hasta más adelante. —Alzó la voz para dirigirse a todos—. ¿De acuerdo, muchachos?

La tropa rezongó y asintió de mala gana. Ylva fue la única que protestó. Su saya de cuero crujió al cruzarse de brazos. Por fuera de las largas mangas refulgían al sol las esclavas de plata.

—Si los monjes guardan más tesoros, nos pertenecen a mis escoltas noruegos y a mí, que los saqueamos hace diez años sin llevárnoslo todo. Sería injusto que ahora tuviéramos que repartirlo con otros.

El tipo de barba gris entornó los ojos para mirar a la mujer de anchas espaldas.

—El botín —ronroneó él de forma pausada— que en aquella ocasión lograste llevarte a casa te pertenece mientras lo puedas mantener. El que dejaste aquí en Inglaterra es de cualquiera. Te recuerdo que has hecho el mismo juramento que los demás. Si lo rompes, tendrás que atenerte a las consecuencias.

Ylva y el guerrero de la barba gris se miraron fijamente un rato. La mirada de él era firme e inescrutable. La de ella estaba llena de reflexiones y reparos. Por fin Ylva abrió los brazos.

—Es una suerte —dijo ella— que sea tan mansa. Otro podría tomarse a mal esa manera de hablar y retarte en duelo con facilidad.

—Entonces tu masedumbre nos beneficia a ambos —respondió él—, porque los desafíos suponen a menudo un importante problema para la parte ganadora a la hora de compensar a la familia del perdedor. Aunque al menos en tu caso no se podría hablar de la obligación de resarcir por el varón.

Por un instante estuve convencido de que Ylva iba a sacar la espada, pero se tragó su ira y dijo:

—Me encargaré gustosa del prisionero procurando que no se escape.

—Ya me lo figuro. Sin embargo, creo que otro guardián será el más indicado para nuestro objetivo común. —Sin apartar de ella la mirada gritó—: ¡Hastein! Ven.

El silencio siguió al grito. El resto de los hombres miró alrededor con ojos interrogantes.

—¡Hastein! —bramó de nuevo el gigante.

Una esbelta silueta se tambaleó hasta la luz a través de la pequeña puerta de la herrería. Un joven de mi edad se sujetaba las calzas con una mano, mientras con la otra palpaba su espada, apoyada en la puerta.

—¿Qué haces ahí dentro, Hastein?

La piel del rostro del jovencito era lisa y delicada. Los pelos diseminados de la barba que se concentraban en el mentón y la larga cabellera que asomaba bajo el borde del casco tenían el color del heno. Vaciló, pero al fin in-

trodujo el brazo detrás de la puerta y sacó afuera a una mujer. Jadeé de forma involuntaria al ver a Bella, la hija de Alton, el herrero de la aldea, y su proporcionado rostro ovalado con la pequeña nariz, los gruesos labios, los enormes ojos azules y la larga cabellera oscura. Había permanecido escondida en la herrería de su padre durante la invasión. Pero finalmente el destino le había dado alcance.

El de la barba gris bajó de la colina con un pesado contoneo y se detuvo a escasos pasos de la dispar pareja, entonces examinó a Bella.

—¿Es virgen la muchacha? —preguntó.

—No lo sé. —Una pícara sonrisa se deslizó por los finos labios del joven—. Bueno, no me has dado tiempo suficiente de abalanzarme sobre ella y averiguarlo. Pero enseguida me ocupo de la cuestión.

Bella se encogió sin entender sus palabras, aterrada por los cadáveres que yacían frente a ella.

—Ylva —dijo el de la barba gris por encima del hombro—, de todas formas voy a asignarte una tarea. Encárgate de la joven.

La guerrera asintió en silencio, se aproximó y cerró su manaza en torno al fino brazo de Bella. Su gesto de confianza la llevó a resignarse. Las dos mujeres se detuvieron, ya que Hastein sujetaba el otro brazo de Bella.

—He sido yo quien la ha encontrado —dijo él asiendo con su mano libre la empuñadura de la espada—. Es mi botín.

En la mirada que el gigante de barba gris dirigió a Hastein no había la misma amenaza que en la que un momento antes había clavado en Ylva. Más bien parecía

como si al enorme caudillo barrigón le divirtiera la rebeldía del joven.

—Muy bien —resolvió—. Ya que has sido tan perspicaz de registrar las casas, mereces conservar lo que has encontrado. Pero si ella es virgen, tendrás que conformarte con menos, y tú sabes bien por qué. Entretanto tengo otro encargo para ti.

Una vez dirimido el asunto, Hastein se mostró ansioso por responder a la confianza que se había puesto en él. Atravesó, junto al de barba gris, el grupo de guerreros para llegar hasta mí debajo del roble.

—Parece que haya paseado por la hoguera —dijo al observar las heridas aún abiertas de las quemaduras en mis manos, mi ropa chamuscada y el pelo erizado donde las llamas lo habían lamido—. ¿Por qué lo iban a colgar?

—No importan las cuentas que los sajones tuvieran pendientes con él. Conoce los alrededores y habla nuestra lengua. Bájalo de ahí y vigílalo bien.

—Confía en mí, Bjørn Costado de Hierro.

El nombre me dejó de una pieza.

Mientras Hastein retiraba la soga de mi cuello y los demás nórdicos arrojaban con movimientos negligentes leños ardiendo desde los hogares de las chozas a los techados de paja, yo sólo tenía ojos para el caudillo barrigón que caminaba por la zona dirigiendo la devastación.

Si el gigante de barba gris era el renombrado Bjørn Costado de Hierro, cuyas incursiones para saquear la capital del reino franco, París, habían dado tanto que hablar a monjes y sacerdotes pocos años antes, las perspectivas de Northumbria no eran demasiado buenas.